

*Los incidentes más insólitos de nuestra historia*

# ARGENTINA BIZARRA



**MATÍAS BAUSO**

Matías  
**BAUSO**

*Los incidentes más insólitos de nuestra historia*

# ARGENTINA BIZARRA



---

# INTRODUCCIÓN

---

**A**rgentina parece el reino de la paradoja. Muchas veces lo que sucede va en contra de la lógica, atenta contra un orden racional. Es también la tierra de la hipérbole, de lo exagerado, de lo fuera de dimensión.

Un dicho popular inglés dice: «Si te aburrís de Londres, te aburrirás de la vida». El que lo creó y los que lo repiten no saben lo que dicen, se trata de gente que no ha viajado al sur. Esa frase, todos lo sabemos, se aplica mejor a Argentina. Acá no hay tiempo para el tedio. Pasan cosas fuera de escala de manera constante, más de una vez por día.

*Argentina bizarra* es un catálogo no exhaustivo de algunas de ellas.

\* \* \*

Este libro puede ser varios a la vez. Una historia de la impunidad, una geografía de lo insólito, una compilación de momentos bochornosos, un manual de lo inconcluso y lo trunco, una anatomía del fracaso, un compendio de personajes fascinantes, un tratado sobre nuestra facilidad demencial para naturalizar lo imposible.

Estas anécdotas, estos fragmentos de nuestro pasado, podrían servir para recordar el país que uno quisiera olvidar pero que debiéramos tener presente.

\* \* \*

Los franceses hablaban del «espíritu de la escalera», ese momento en el que a uno se le ocurre la respuesta perfecta, la réplica adecuada pero tardía, una vez que terminó una reunión, mientras está bajando la escalera hacia la salida. En nuestro país, pareciera que ese fenómeno sucede a la inversa. O nunca ocurre. Porque lo que alguien tiene para decir ya lo elaboró antes del encuentro, y nada de lo que suceda después cambiará su parecer. Parecemos blindados a escuchar algo diferente a lo que esperamos. El reino del prejuicio. Como si lo sucedido, la historia, no tuviera nada que mostrarnos, que enseñarnos.

\* \* \*

Somos un batallón de millones de sargentos Shoichi Yokoi, aquel soldado japonés que siguió peleando sus propias batallas, oculto en la jungla y hasta la inanición, casi tres décadas después de terminada la Segunda Guerra Mundial. Pero Yokoi aprendió. Cuando lo rescataron, entendió que esa lucha había terminado y que el mundo era otro. Y que su vida debía cambiar. Los de acá, los nuestros, se resisten a entregar la espada, a rendirse, a reconocer lo que la realidad ya asumió: que la guerra terminó. Se resisten a mirar para adelante. Argentina sigue siendo un país muy hospitalario a ideas anacrónicas, que ya se mostraron equivocadas o inútiles, y también a las utopías que prometen llevarnos, en lugar de a un mundo mejor, a uno añorado pero mucho peor.

\* \* \*

La profecía de Andy Warhol se hizo realidad. Las redes sociales favorecen la posibilidad de esos democráticos quince minutos de fama. La fama en sí misma se convirtió en un

valor. No importa por qué motivos se obtenga. En estas páginas hay varios personajes que parecen cumplir al pie de la letra el postulado de John Kenneth Galbraith: «Aunque todo lo demás falle, siempre podemos asegurarnos la inmortalidad cometiendo algún error espectacular».

\* \* \*

La vida pública argentina se rige por su propia ley de gravedad (podría ser también por la tendencia a la solemnidad que a veces nos ahoga). Todo personaje público tiende a caer. Y nadie escapa a ella. Todo personaje público cae como las manzanas del árbol.

\* \* \*

La lista de temas incluidos en este libro no es taxativa. Está claro que con aquello que queremos olvidar (tremenda paradoja) podría escribirse una colección de decenas de volúmenes. El autor debe llamarse a sosiego, controlarse y desgastarse en la elección ante tamaña y desmesurada oferta.

El criterio de selección fue, como corresponde al tema del libro (y no solo por vasto), arbitrario. Se dejó de lado lo ocurrido antes del siglo XX. Hubo sucesos que quedaron afuera por ser demasiado conocidos o difundidos; otros, por no ajustarse al tono liviano y algo zumbón que el espíritu del libro reclamaba; algunos más, por ya haber escrito sobre ellos extensamente en trabajos anteriores.

\* \* \*

En Estados Unidos, existen muchos libros que llevan como subtítulo «El día que los derechos civiles / el básquet / el béisbol / la política / la televisión [coloque aquí el rubro que quiera] cambió para siempre». Una bajada de impacto, algo exagerada, pero que debe resultar efectiva en términos de marketing, de llamar la atención sobre el texto. En nuestro

país, un hipotético *El día que Argentina cambió para siempre* podría ser otra colección enorme de libros. Si fuera una serie en la web, encontraríamos *El día que Argentina cambió para siempre*, temporada doce, episodio veinte.

Todos los años, todos los meses, ocurre uno de estos hechos que parece cambiar la historia (para mal). Tanto que nuestra capacidad de asombro por momentos parece agotarse, y muchas veces ya ni siquiera nos funciona el reflejo de la sorpresa.

\* \* \*

Varias de estas historias hay que leerlas con atención, en tanto cumplen involuntariamente eso que Ricardo Piglia desarrolló en su «Tesis sobre el cuento». Se narran dos historias paralelas y la que se devela al final, la que estaba oculta, es la más importante. Estos relatos muchas veces son *mamushkas* de errores, torpezas, extravagancias y delitos. Algunos hechos o personajes tratados son más conocidos que otros. Por lo general, en los textos de divulgación, a los grandes sucesos se los suele recordar y narrar con trazo grueso. Pero el secreto para comprenderlos (o para sumirnos en la incompreensión definitiva), para apreciar su magnitud, reside en los detalles.

Nunca está mal ver los mecanismos de lo que salió mal, entender por qué pasaron las cosas.

\* \* \*

«Tal vez quiso decir que no hay hecho, por humilde que sea, que no implique la historia universal y su infinita concatenación de efectos y causas», escribe Borges en «El Zahir». Y como siempre, tiene razón. Por eso es útil contar el caso del naturalista extenuado y sometido por el aparato burocrático aduanero o el del que quiere ser el primero en sacar ventaja ante una posible muerte presidencial para posicionarse como el sucesor, como también los grandes eventos que sacudie-

ron la vida colectiva: golpes de Estado, derrotas, censura asfixiante o planes que no llegaron a llevarse a cabo.

De todas maneras, aspiro a que el lector reflexione, pero principalmente se entretenga, recordando o descubriendo estas historias, y hasta reconociéndose en alguna.

\* \* \*

Este libro forma parte de un ambicioso «repaso bizarro» por América Latina. Los iniciadores fueron los dos tomos de *México bizarro* escritos por Alejandro Rosas y Julio Patán. Este volumen tiene sus propias características. Pero comparte la búsqueda de esas historias fallidas, insólitas, increíbles y tan frecuentes en el continente.

El término *bizarro* tiene varias acepciones. La de uso cotidiano, la que no está primera en el diccionario de la Real Academia: que define lo extraño, lo raro, lo extravagante, lo fuera de lugar y lo que las nuevas generaciones llaman *cringe*, eso que nos suele llenar de vergüenza. Pero también se refiere a lo fuera de lo común: nuestra normalidad. Y es justo también pensar que Argentina y nosotros, sus habitantes, somos bizarros en esa tercera acepción, la que la RAE privilegia y la que era su sentido original: valiente, arriesgado. En ese sentido, también Argentina es bizarra.

\* \* \*

En estas páginas hay presidentes que no llegan a serlo porque tardaron en arribar al despacho, otro al que la ilusión le duró un fin de semana pero al menos se dio el gusto de hablar desde el balcón, marcianos por parte de madre, una doctora que se esfuma sin dejar rastro, el cadáver de un ídolo popular que realiza un periplo digno del realismo mágico, monstruos prehistóricos paseándose por la Patagonia, cadáveres mutilados, estrellas de *rock* que se esconden debajo de una mesa para no ser acribilladas por el fuego cruzado entre

policías y ladrones, delincuentes de poca monta, corruptos de gran magnitud, nazis por todos lados, Beatles truchos, suicidios inverosímiles, cenas seductoras para conseguir (o para ceder) el balcón de la Rosada, una reina robada, el intento de envenenamiento a Perón y decenas de historias más.

Episodios de un país que parece irreal, de ficción, con ribetes oníricos o de pesadilla. Pero que son muy reales.

Porque, como alguna vez escribió Svetlana Alexiévich, solo la realidad puede tener tanta fantasía.





---

# EL DÍA QUE ENVENENARON A PERÓN

*El general estaba preocupado por uno de sus capitales políticos: la sonrisa. Los problemas dentales lo tenían a maltraer. De pronto apareció una solución revolucionaria, casi mágica. Pero por poco no terminó en un desastre.*

---

**S**i nos propusiéramos resumir la vida argentina durante el siglo XX en imágenes, bastaría con unas pocas paradigmáticas. No dejarían a nadie impasible. En cualquier argentino suscitarían, según el caso y la persona, emociones, enojos, orgullo o nostálgicos recuerdos.

Gardel cantando «Por una cabeza» desde la cubierta de un barco, Eva hablando desde el balcón, el rostro del Che con su mirada honda y su barba profusa, el grito crispado de los integrantes de la junta militar en el palco del River, los pañuelos blancos de las Madres, Maradona desparramando ingleses, Borges caminando con paso dubitativo por Maipú,

escenas callejeras del año 2001 (allí terminó nuestro siglo XX), Charly sobre el escenario de Ferro.

Este breve listado de íconos imprescindibles de la historia popular argentina reciente luciría incompleto si no se incorporara el atributo físico más característico del líder popular que, con su estilo pendular (y sus presencias y ausencias), rigió los destinos políticos del país por más de cuarenta años: la sonrisa de Perón.

Esa sonrisa única consiguió lo imposible: conquistó multitudes, convenció a los más encumbrados personajes mundiales y cautivó a mujeres, hombres, niños y niñas.

Perón siempre fue consciente de que ese era su rasgo físico más llamativo. Tal vez por eso se preocupó mucho cuando, a mediados de 1948, comenzó a tener problemas con su dentadura. El tema fue motivo de grandes cavilaciones en su círculo íntimo. Podríamos decir que casi pasó a ser una cuestión de Estado.

El doctor Ricardo Guardo era presidente de la Cámara de Diputados, uno de los hombres de mayor confianza de Eva y, además, odontólogo. Fue el primero en ser consultado. Recomendó extraer todas las piezas dentales flojas y en mal estado para reemplazarlas por prótesis. De esta forma, decía enarbolando sus conocimientos odontológicos, la sonrisa todopoderosa recuperaría su brillo original.

Parecía que esa era la solución que se iba a tomar. Pero la cuestión, como le produjo algunos inconvenientes a Perón en sus labores y lo obligó a modificar algunas rutinas, fue conocida por otros que trabajaban con el General. Y, como en todo gobierno, en ese también había luchas intestinas, internas silenciosas (y no tanto), odios, celos, tensiones y maniobras por posicionarse en el lugar más cercano al presidente.

Miguel Miranda, ministro de Hacienda, mantenía una ostensible enemistad con Guardo. El tema le pareció ideal para sacar una ventaja en esa disputa. Apenas se enteró del

problema de Perón y de que Guardo iba a aportar la solución —el otro candidato era Cámpora, también leal hasta la obsecuencia y odontólogo (el primer peronismo y los odontólogos, un posible *paper* cuyo subtítulo podría ser «¿Ortodoxia u ortodoncia?»)—, recordó que, en un asado, le habían hablado de alguien que había desarrollado una técnica novedosa para solucionar problemas dentales. Mandó a uno de sus asistentes a averiguar quién era ese médico milagroso. Cuando tuvo el dato, le acercó al presidente la propuesta. Se preocupó de hacerla parecer atractiva. Y, sin mencionarlo, menospreció a Guardo y sus métodos anticuados y tradicionales. Miranda se comprometió a traer al país a una eminencia que había descubierto, muy recientemente, un procedimiento curativo revolucionario. Ya no era necesario sufrir. El método no era doloroso ni requería extracción alguna. El ministro de Hacienda le dijo a Perón que, si lo aprobaba, él lo mandaba a buscar. El presidente pareció encantado. Y le dijo que no se preocupara, que él iba a solventar los gastos de traslado desde Estados Unidos de la eminencia. No era para menos, se trataba de una causa nacional: estaba en juego la sonrisa de Perón. Miranda le dijo que de ninguna manera, que invitaba él, que era un honor traer al prestigioso odontólogo desde Bolivia. Perón comentó, con algo de desconfianza, que no sabía que en Bolivia la odontología tuviera un desarrollo notorio. Miranda —de su boca solo salían certezas— lo tranquilizó: «Este tipo es un genio, presidente».

Vale la pena que nos apartemos un momento de este curioso relato y nos preguntemos por qué un ser complejo, calculador e inteligente como Perón se mostraba en ocasiones tan ingenuo y propenso a aceptar, sin más, soluciones tan disparatadas.

Aunque en este caso existan evidentes atenuantes: el temor ancestral de gran parte de la población hacia los dentistas y el dolor que significaba ir a su consulta en esos años

(tampoco había demasiada conciencia de la importancia de la higiene bucal).

El sistema aplicado por el odontólogo del altiplano era —hay que reconocerlo— seductor. Solo consistía en la aplicación de un par de inyecciones intramusculares, para luego cubrir con una sustancia blanca los dientes deteriorados. De esa manera, se reconstruirían las piezas dentales. Tan solo eso produciría el milagro: devolverle al líder una prístina y sana sonrisa.

Eso sí: el procedimiento era costoso. Pero, claro, valía la pena. La conservadora propuesta de Guardo quedó relegada. Miranda sonreía satisfecho. Había ganado una batalla importante. Y el presidente de la Cámara de Diputados estaba en un callejón sin salida. Lo que él tenía para ofrecer era menos atractivo. Y si insistía, parecería que quería imponer su idea. Además, la extracción de las piezas, la construcción de las prótesis y el acostumbramiento de la boca a las mismas insumirían mucho más tiempo que la intervención del dentista boliviano.

El odontólogo fue recibido bajo el mayor de los secretos. La orden a los de ceremonial era darle el trato de un primer mandatario extranjero y saciar cualquier capricho o pedido que tuviera. Sus honorarios fueron depositados de antemano<sup>5</sup>.

El encuentro con Perón fue rápido y tal cual se lo habían descrito. No hubo dolor, ni siquiera perdió mucho tiempo. Tras el fugaz tratamiento, el dentista boliviano debe haber imaginado un porvenir brillante. Visualizó su futuro exponiendo en los grandes congresos internacionales y, por qué no, hasta con algún ministerio en su país o en Argentina —el rival menos pensado de Ramón Carrillo—. Y, si a todos les

5 Este asunto había tomado relevancia. Ameritó varios memos secretos de la embajada norteamericana en Buenos Aires. De ese modo descubrió el episodio Joseph Page, el biógrafo de Perón, que es por quien se conoció inicialmente.

cobraba honorarios como estos, en un futuro no demasiado lejano sería millonario.

Poco duraron las ilusiones de todos. Del dentista, de Miranda y de Perón. Unos días después, el general comenzó a sentirse mal, las descomposturas eran cada vez más frecuentes. Estaba debilitado, con náuseas, dolores en el cuerpo y había perdido peso.

Los médicos se desesperaban porque eran incapaces de dar con las causas de los molestos y persistentes síntomas. Probaron con todo lo conocido. La dieta era estricta, pero pasaban los días y la situación intestinal empeoraba. Hasta ese momento nadie pensó en el odontólogo, su pericia parecía estar fuera de sospecha. Pero, tras descartar el resto de las posibilidades, uno de los doctores pidió que le describieran en detalle en qué consistía ese revolucionario método odontológico.

En este punto los relatos se dividen. Algunos dicen que lo fueron a buscar. Otros, que se dio la casualidad de que, en esos días, se celebraba en Buenos Aires un simposio internacional de odontología y aprovecharon para consultarlo. Lo cierto es que se recurrió a una de las mayores eminencias mundiales: el doctor Stanley Tylman.

Al examinar la boca del primer mandatario, el facultativo norteamericano no pudo dar crédito a lo que estaba viendo. Empezó a gritar en inglés, mientras miraba los dientes de Perón. Casi nadie sabía el idioma en la sala, pero habían tomado la precaución de tener un intérprete a mano. Todos lo miraban. Esperaban que se expidiera como si se tratara de un médium. Tylman bufaba y se mostraba indignado. Hablaba encima del intérprete, que no daba abasto para traducir el farrago de frases del norteamericano. En un momento, sobrepasado, hasta se calló. «¿Qué dijo? ¡Traduzca, carajo!», le gritaron. Explicó, suavizando los dichos originales, que Tylman decía que el anterior dentista era un criminal.

La sustancia blanca milagrosa solo era una especie de cemento altamente tóxico que estaba provocando un progresivo envenenamiento que hacía avanzar a pasos agigantados la infección bucal y que, en pocas semanas, hubiera provocado la muerte del presidente.

El tratamiento odontológico revolucionario estuvo a punto de convertirse en un magnicidio.

La solución fue todavía un poco más drástica que la propuesta inicial de Guardo. Pero, a esa altura, era el único camino a tomar. Hubo que reemplazar casi toda la dentadura de Perón por una prótesis. Y las adhesiones y el fervor inicial que produjo el odontólogo boliviano trocaron en escarnio. Inmediatamente, le revocaron su licencia para ejercer la profesión en nuestro país.

Sin embargo, faltaba una sorpresa más. El guionista de Argentina todavía tenía un punto de giro en la historia. Alguien indagó en los antecedentes del odontólogo y descubrió que nunca se había recibido en su tierra natal y había comprado el título para poder ejercer. Reconozcamos en este hombre a un pionero. El de los profesionales truchos en el país.

El día que filmen su *biopic*, el título podría ser: *El hombre que casi mata a Perón*.